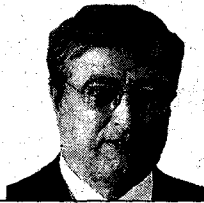


TRIBUNA ABIERTA

## DE MARCHENA

ANTONIO  
MORENO ANDRADE

Juez



**E**N la década de los setenta llegué a Marchena en mi debut como juez. Marchena es un pueblo apacible, amable, anclado en la campiña sevillana, del que entonces apenas conocía algún detalle relacionado con la música popular. Mas ignoraba su historia extraordinaria, su pasado romano y árabe tan a flor de piel en sus blancas esquinas, su importancia en la conquista de Sevilla, sus asombrosos templos y conventos y su colección de pinturas de Zurbarán que, en la impresionante parroquia de San Juan, disputan protagonismo a su monumental órgano o a obras de Roque Valduque de exquisito trazo. Nada sabía de su singular Semana Santa, a la que tuve el honor de pregonar más

sa, una cultura extraordinaria, una bonhomía inigualable y una elegancia natural ciertamente fascinante. Era un liberal perfecto, adelantado a su tiempo, tolerante, abierto y respetuoso con todo el mundo. Un auténtico gentleman, divertido y afectivo, tímido y profusamente ocurrente... y un sensacional despistado, capaz de confinar el aturdimiento de los demás con un oportunísimo comentario jocoso acerca de las consecuencias de sus propios despistes. Era, sin duda, una persona adorable, con el que acabé carteándome casi a diario y que, cuando viví luego en Las Palmas, me escribía con regularidad y enviaba a mis pequeños hijos deliciosos dibujos que aún conservamos. Influyó poderosamente en mi vida profesional y, lo que es más importante, en la aprehensión de muchas claves para entender la sociedad que tímidamente comenzaba entonces a cambiar.

Murió ya avanzados los ochenta, un 21 de marzo, coincidiendo con la llegada de una primavera que ya no pudo ser suya. Yo escribí un crónica apócrifa y secreta de su entierro, que dirigí con devoción a su viuda y que ésta conservó mucho tiempo.

tarde, de la excelencia culinaria que allí dejaron los árabes o de la diversidad de sus saetas inimitables. Y nada sabía de la grandeza espiritual de los marcheneros.

Me encontré un viejo juzgado, con un vestido despacho, una sala de audiencias que en tiempo debió ser suntuosa y un archivo que contaba con diversas armas capturadas a Pinales; un juzgado tranquilo, de trato artesanal, con escasos funcionarios y profesionales. Formábamos una gran familia, en la que distinguieron algunas personas que marcaron ciertamente mi vida, como el anciano forense, mi entrañable amigo Alejandro Arcenegui, tan sabio como bondadoso.

Conocí a Luis Camacho a través de una demanda. Me sorprendió que un escrito de alegaciones de un letrado contuviera tan deliciosa construcción literaria. Es la demanda de un poeta, me dije. Lo era en efecto. Y conocí a su autor, en principio un veterano letrado de pueblo que me aventajaba en más de treinta años. Con el tiempo, fuimos amigos inseparables y aún hoy, mucho tiempo después de su muerte, le tengo presente en mis afectos más arraigados. Era sin duda un escritor colosal, del que hablaba Dionisio Ridruejo con exaltada admiración. Había sido alcalde de Marchena y pregonero de su Semana Santa, aunque religiosamente anduvo siempre por veredas de franca distracción. Todos sus hijos heredaron de alguna forma su bohemia y su impulso de poeta. Su hijo Luis, tempranamente fallecido, recogió sus innumerables escritos en un volumen, «Nostalgia y poesía», que siempre se halla cerca de mi mesa.

Con todo, lo que más me cautivó de aquel hombre era la exquisitez de sus modales. Le adornaban una simpatía contagio-

po. En ella le relataba los gestos, las actitudes de quienes acudían a dar su cabezada ante su féretro, situado en el suelo a la entrada de la parroquia y me permitía adivinar las reacciones jocosas de Luis ante aquel espectáculo tan ajeno a su entendimiento.

Luis estaba casado con Georgina, hija de marqueses aunque nunca se le notara. Una mujer excepcional, ciertamente, de personalidad extraordinaria, tan culta y liberal como su marido y de igual elegancia espiritual. Él decía que Georgina era el complemento de su sentido común, pero la verdad es que formaban una pareja impropia de aquel tiempo, pues si Luis era la extroversión, Georgina lo equilibraba con su porte de gran señora, inteligente y sensible. En aquella tierra y en aquel tiempo, constituían ciertamente un matrimonio extraño, ejemplar, capaz de dejar huellas en quienes se acercaran a sus vidas. Sus hijos fueron depositarios de tan estelares virtudes. A ambos amé y aún amo y recuerdo sin desmayo.

Con este bagaje familiar, se entienden aún más las excelencias de nuestro admirado comentarista que, trazando cada día una raya en el agua, nos deleita con sus deliciosos y acertados juicios, junto al Recuerdo del otro maestro. Algo habrán tenido que ver Luis Camacho Carrasco y Georgina López de Sagredo y Vargas en la reciente consecución del premio que anualmente otorga ABC en memoria del gran periodista aragonés Mariano de Cavia. Me he alegrado sumamente y he pensado en la alegría que Luis y Georgina habrán experimentado al conocer en la Gaceta del Cielo que su amado Ignacio es depositario de tantos merecidos honores.